

SONETOS DE NAVIDAD

Lema: Pífano

I

¿Qué guardas, oh Jesús, bajo tu manta
y el heno que te cubre con ternura?
Como la luna en una noche oscura
tu voz hacia nosotros se levanta;

nos habla mansamente, nos encanta
y abraza nuestro cuello con dulzura;
nos vuelve hechos espejos de tu pura
caricia y de tu luz virgen y santa.

¿Qué guardas, oh Jesús, sino dolores,
sino una larga queja y sinsabores
del mundo que te mira adormecido?

¿Qué guardas, dime, oh dulce Jesús mío,
qué guardas sino lágrimas y frío
curzando por tu cuerpo estremecido?

II

¿Qué guardo?, me preguntas. Los pastores
me han dado sus anhelos remordidos,
y han hecho que desgarren mis oídos
sus pífanos transidos de dolores.

Cortaron para mí cardos y flores
que crecen en el campo desteñido;
cortaron en el gris de los alcores
el hambre, los desdenes, el olvido...

Cortaron su dolor para ofrecerme,
y hallándome sin fuerzas, flor inerte,
me hundieron en su manto destejido.

Cortaron su pobreza sin reparos...
¡Oh dulces pastorcillos, quiero daros
las fuerzas de un Amor recién nacido!

III

Mas, dime, buen Jesús: ¿por qué te quejas
y lloras por un mundo de ternura?
¿Te sientes complacido con la oscura
caricia que te dan las tablas viejas?

¿No ves en sueños todo lo que dejas,
los juegos, los manjares, la dulzura
del colo de una reina, y la bravura
del rey al que en la cuna te asemejas?

¿No ves la nieve blanca y silenciosa
cayendo con desdén sobre la cuna
al son de tu sonrisa melodiosa?

¿No ves tampoco, oh dulce Jesús mío,
tus ojos en el rostro de la luna
y el beso que te brinda el cielo frío?

IV

Oh dulces pastorcillos, es mi lazo
con Dios y con vosotros mi reinado;
la reina de mi vida está a mi lado
brindándome el calor de su regazo.

Yo tiemblo sin querer bajo su brazo
desnudo y su semblante demacrado,
mirando hacia el anciano del cayado
que apaga mis dolores con su abrazo.

Reposo sin pesares en la cuna,
y, al beso cariñoso de la luna,
me escondo en vuestro manto destejido.

No digas nunca mío, sino nuestro.
Yo vine para el mundo; a todos nuestro
las flores de un Amor recién nacido.

V

Perdón, mi buen Jesús, mi dulce Niño
mecido por la voz de los pastores;
perdón por el desdén y los dolores
que rasgan el cendal de tu cariño.

Perdón por nuestro olvido. En su corpiño
tu Madre se lamenta, y sus rumores
inundan de candor y ruiseñores
tu vientre, como el vientre del armiño.

Perdón por tantas cosas, Jesús mío...
Perdón por las heladas y el rocío
que bajan por tu piel recién nacida.

Perdón por la corriente de este río
de odio, y por su linfa estremecida...
¡Perdón, oh dulce Niño, Jesús mío!